

*A dos meses de la boda: ÉL.*

Es verano en la ciudad y la luminosidad del sol es casi blanca. Las calles están vacías a esta hora; la hora de comer. Siendo los únicos que arden, los coches, que esperan en batería. No obstante, en esta parte del barrio, a veces corre un poco de aire. Es ese vientecillo que nunca está quieto, que increpa a las mujeres y alegra a los hombres.

En la acera, en cuya sombra se puede salvar usted de un soplancio, y bajo la cual, el alcantarillado se encuentra atestado de hojas secas, espera un chico. El joven se arrepiente por cosas como, no llevar gafas de sol o no haberse quedado en un lugar más fresco. En un santiamén, su amigo de la infancia llega pronto. Aparca su coche en doble fila, y se baja urgente preocupado por las calores. Lo que ocurre es algo rápido; va a su encuentro y se dan un abrazo. Apenas intercambian palabras, cuando caminan a toda prisa hacia el establecimiento inmiscuido en la entrada de una calle sin salida de los pisos nuevos.

Uno de ellos abre la puerta.

— Entra, entra tú. — dice el futuro marido de veintinueve años.

Su acompañante hace caso, y atraviesa la entrada del restaurante comentando algo muy típico en aquella ciudad: — ¡Cualquier día nos vamos a asar!

Caminan hacia el fondo y se colocan al final de una cola de seis personas, pidiendo la vez. El aire acondicionado relaja tanto a el comprometido Salva, que opta por quedarse allí a comer. Se detiene prestando atención tras una tablilla que separa la barra de las mesas del restorán. Desde allí ve que está a

rebosar y entonces desestima proponer la idea, cuando le viene a la mente lo que dijo su futura mujer un par de días antes:

<<Cariño, a la gente del barrio le ha dado por la comida china...>>.

Delante, su amigo Gonzalo está más gordo. El paso de los años ha hecho mella en su hechura. Hace bastante tiempo que no se ven y la cortedad es grande. Lo sorprendente es que contra pronóstico, Gonzalo se dignó a llamar para quedar, y eso es una bendita ocasión. Durante años habían sido íntimos, más o menos hasta comenzar sus andaduras por el mundo laboral, y echarse novia, por supuesto. Uno, inconcientemente, cuando tiene pareja, se va distanciando de los demás, de eso no hay duda. Pero es necesario y se puede debatir.

Salva recuerda una frase famosa de su amigo. Algo así como que los viejos hábitos nunca mueren, y eso le vale para romper el hielo.

— ¿Sabes? Ayer me ocurrió algo extraño. De esas cosas en las que nunca creíste.

Gonzalo mira a la gente de la fila. Son todo, oídos.

— ¿Aún te gustan esos temas? – contesta imperturbable. Siempre tuvo cierto reparo a la hora de hablar de estas cosas en público, pero hace una excepción. — ¿Qué te pasó?

— Ahora estamos en jornada intensiva en la empresa, salgo a las tres, con lo que puedo descansar echándome una siesta en el piso.

— ¿Ya vives en el piso nuevo?

— No, es que me voy para allá. Una tranquilidad...

— Eso si. — La cola avanza unos puestos y la gente se dispersa en tumulto. Reflexionan sobre lo que van a pedir como si estuviesen en una hamburguesería. El turno de cada uno, sólo existe en sus mentes.

— Pues lo que te decía, ¿tuve un sueño más raro?

Al instante, Salva es interrumpido por el camarero chino que con un grito pronuncia un nombre ininteligible hacia la parte trasera de la cocina, a lo que una muchacha urge en salir de una contraventana y se dispone a atender al personal cada vez más abultado.

El futuro esposo intenta vocalizar de nuevo, cuando ya es su turno.

— ¿Tú que quieres? – pregunta a su compañero.

— No sé, lo que tú pidas, supongo que arroz.

Algunas personas detrás de ellos se cercioran de su orden de pedido.

— Aquí la gente pide los menús – Insiste Salva, siendo cortés. La joven asiática los mira atentamente. —, que traen rollitos de primavera y eso. Arroz tres delicias, ensalada china... O el pollo con almendras también está bueno.

— Pues eso mismo. — responde Gonzalo.

— Ponnos dos menús para llevar.

Entre ellos, bajo la barra, hay gran cantidad de latones llenos de guarnición; generalmente de hortalizas, legumbres y gambas. La chica comienza a prepararlo todo de forma muy parecida a como uno haría en un *self-service*. Esto de aquí, y esto de allá.

— ¿Qué me estabas diciendo antes? — resalta Gonzalo, mientras siguen absortos por tanto movimiento.

— Ah, pues eso, que me eché a dormir la siesta en la cama nueva de matrimonio, y me entró un mal rollo...

— Como que mal rollo.

— Si tío, tú sabes como soy yo de supersticioso... Me puse a pensar en que estaba sin estrenar, y como me eché a dormir antes de la boda, pues...

— Tío, se te ocurren unas cosas... — Gonzalo en un gesto veloz toca su sien y luego ríe. Su risotada tan famosa hace aparición y los de alrededor, llanamente, fuerzan una sonrisa hipócrita.

— Pero escucha, escucha – insiste Salva. —, es que tuve un sueño tremendo, donde miles de brazos deformes intentan atraparme, haciéndome daño al no conseguirlo. Me costó la misma vida salir. — dice muy serio. — Me sujetaban por los tobillos...

Los de la cola atienden alcahuetes. El tema, aunque extravagante, interesa.

—... pero es que mira. – El narrador de tan fantástica historia se levanta el pernil del pantalón derecho y muestra un hematoma negro zaino recorriéndole la pantorrilla. Las manchas son sucesiones continuas de puntos rayando el cuerpo. Cantidad de moretones obvios de un forcejeo. Su amigo suelta una palabrota, antes de dar con la solución:

— Pero tú sabes lo que es eso, ¿no? Te distes un golpe con un mueble, mientras dormías, y en el sueño, asociaste el dolor. He leído sobre eso. Es como cuando alguien te llama y luego resulta que te despiertas, y te estaban llamando de verdad. ¿No te ha pasado nunca?

Los oyentes, al menos lo entienden, y los más indiscretos mirada fija, asienten. Como formando parte ya de la conversación.

— Sí, si que lo había pensado. — responde Salvador.

La camarera pone varias bolsas en el mostrador y en vez de decir el precio, dice dos palabras muy diferentes:

— *Cama Dragón.*

Los conocidos contestan contrariados, y dicen en la ignorancia:

— No, no, sólo esto.

Tardan en deducir que no se les está ofreciendo otro tipo de comida sino que...

— No. — dice la camarera acostumbrada a las equivocaciones. — Decía que va a ser usted víctima de cama Dragón.

El público se multiplica cerca de ellos como si hubiese una nueva oferta.

— ¿Y que es eso? — interroga Salva interesado. Siempre es el más rápido en responder, y cuando le incumbe, ni que decir tiene.

— Verá, ¿usted ha dormido en cama nueva sin estrenar...

— Si.

—... que pronto será cama de matrimonio...

— Si.

—... pero aún no lo es?

— Quedan dos meses.

Gonzalo mantiene una sonrisa de complot por la situación rocambolesca, y se siente víctima de una broma. Por lo tanto, de reojo, busca cámaras en el bar. ¿Siempre es así no? Amigo queda para comer con otro amigo y entonces se benefician del desconocimiento.

— Dígame otra cosa: ¿Se enfrentan dos espejos sobre la cama?

— ¿Cómo lo sabe? — La víctima está muy alterada.

— Caso claro cama Dragón. Bueno, ¿a quién le toca? — pregunta la china por encima del hombro de Salva.

Una mujer mayor les adelanta insolente y pide. Va a lo suyo balbuceando protestas.

— Se me hace tarde, ¿vamos a comer? Mientras llegamos y todo... — El amigo coge todas las bolsas y piensa en que de broma, nada.

Es muy extraño.

Llegan al coche y al abrir las puertas sale aire caliente como lava gaseosa. Dentro del vehículo, los grados de bochorno se incrementan tal vez, duplicándose. Los dos se montan rápido y no han dicho palabra desde el restaurante chino. Gonzalo arranca y enciende el aire acondicionado a toda potencia, claro que ahora es inútil. Con el calor que hace, esta metáfora me gusta: Salva, otra vez, rompe el hielo.

— ¿Has oído eso?

— No te voy a decir nada, porque tú te lo crees todo.

— No. Me refiero a lo último que ha dicho cuando nos íbamos.

— ¿Quién la china? ¿Lo de los espejos? Eso es una historia muy vieja.

— Que no, tío. Cuando salíamos le ha dicho a la vieja: *Yo que él, no me casaría.*

*(jajaja)*

— Eso te lo digo yo, hombre... — De nuevo la risa.

Salva sonrío preocupado, y en tan sólo unos segundos se le ha olvidado.

— ¡Pues tú te casaste, hijo puta!

El coche avanza bajo el fuego y gira en la primera bocacalle. La chapa arde. Llegan al bloque donde está el piso de su amigo y Gonzalo, antes de aparcar, suelta una de esas ocurrencias originales.

— Tío, está guapa la historia. ¿Por qué no escribes un cuento? Es lo tuyo, ¿no?

***A un mes de la boda: ELLA.***

Nerviosa, como siempre, entra en el lugar que no es maravilloso por su olor. Como tantas veces al cabo del día, piensa en su novio y rememora las perversiones que se le ocurren a la hora de acostarse juntos. Ella cede, y en el fondo le gusta las cosas que le pide, pero tampoco es que él tenga que saberlo. En doce años de noviazgo han tenido suficiente tiempo para experimentar, sin embargo, ¿quién puede tener más ocurrencias e ideas originales que un aspirante a escritor?

El tema ha llegado a tal extremo que lo último que le propone son cosas impensables y para amantes clandestinos.

Julia está dentro de la habitación, echa un ojo a la estancia oscura y advierte la ropa de él bien doblada en un butacón. Los zapatos bajo una silla.

— Ojala fuera así. — dice en voz baja.

El ruido de la puerta al cerrarse ya ha hecho lo propio y es consciente de que sabe que está allí, en la habitación del hostel. Así que no espera y avanza por un sinuoso pasillo hacia la oscuridad pronta con puerta entrecerrada de fondo, donde la claridad se impone.

Aún nerviosa, por lo que pudiera pasar, lo llama:

— ¿Cai? ¿Cai- Shen?

Esperaba que la asustara antes de acabar el camino, pero esta vez no es así. Bajo el marco de la puerta lo ve allí desnudo. Preparado. Sin decir palabra alguna, Julia se quita la ropa y se echa sobre él, haciéndole el amor.

Unos minutos más tarde los amantes miran por la ventana cómo extrañamente, llueve en pleno agosto. Justo después de hacerlo, las ganas de volver a hacer el amor, se han ido.

— Bueno, tú dirás que nos depara el futuro. ¿Me llevarás a tu país? — Durante todo el acto no se lo pudo quitar de la cabeza, tenía que preguntárselo. Ahora, a disfrutar de la vida.

— Claro, el lunes saco los billetes, además, me muero por contarle esto a mi abuela. — dice el chino rascándose el cogote. — Creo que soy el único hombre que sabe de un caso “cama Dragón”, y que ha salido ileso. — Quiere poner cara de payaso pero no lo consigue.

— Estaba todo predestinado, demasiada casualidad. — contesta ella lúgubre. No le apetece recordarlo todo de nuevo pero el desarrollo es inminente. La frase tantas veces ansiada sobre: << disfrutar de la vida>>, ya no es tan sugerente.

— ¿Si no lo querías, porqué no lo dejaste? — Se atreve a decir el chino.

— Porque estaba todo a su nombre y nunca iba a recuperar mi piso. — Esto la enojó. — Además, estaba predestinado, ¿no lo ves?

— Si, nena, si que lo veo.

— No me llames nena.

El oriental se levanta y se pone los calzoncillos. Empieza a darle vergüenza la apariencia de su cosa. Intenta desviar la atención de ella hacia la conversación que mantienen.

— ¿Qué le dijiste? — pregunta.

— Qué se echara la siesta allí, que no me importaba. — Ella le mira, sin embargo, está recordando a Salva cogiendo una sábana del ropero, para ponerla sobre el plástico del colchón nuevo.

— ¿Y sucedió? ¿Delante tuya?

Julia permanece desnuda y comienza a hacerse cosquillas en el vello.

— No. Yo estaba en el salón. Y al rato fui. Lo único raro era eso que te dije; la mancha quemada en el colchón.

Cai- Shen va hacia el servicio que se encuentra tras la puerta del otro lado y se dispone a orinar. Sus pensamientos están lejos, en la vieja patria. Donde muchos amigos suyos desaparecieron un día, sin más. Donde las mujeres también son capaces de hacer cualquier cosa por dinero, en un momento dado.

— ¿Qué le piensas decir a la gente? A su familia. — Él no mira hacia atrás mientras hace sus necesidades, si lo hiciera, vería que ella se está vistiendo, está mosqueada por tanto interrogatorio.

— Me marchó. Qué sepas que hoy, no has estado a la altura.

El chino no parece molestarse, su futuro marido, sí que lo hacía.

— ¿Pero que les dirás? — insistió.

Terminó, y al volver, pudo ver como la española se limpiaba las lágrimas.

— Pues lo que me decía constantemente..., que el día menos pensado, se iría por ahí.